

LA FERTULIA.

Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.

10 CTS.

DOMINGO 8 DE FEBRERO DE 1852.

Costumbres.

UN CASAMIENTO EN EL BARRIO DE LA TRINIDAD.

El que se casa quiere casa, y por todo pasa, dice un adagio castellano, y en verdad que nuestros antiguos refranes tienen mas de Dios que del diablo.

Con efecto; eso de casarse un hombre, que en buen hora sea dicho, tiene sus remos cabales, y quedarse como casi se acostumbra ahora, al amparo y abrigo de los padres de la novia, ofrece los inconvenientes de tener un mozo de genio que sucumbir á ciertas y ciertas exigencias no muy en regla, y consentir unas y tragar otras; y eso de llevarse el novio á la señora á su casa paterna para vivir todos en santa compañía, tiene tambien sus espinas, porque los suegros y las cuñadas son el demonio y se urden rencillas y disgustos, que mas valiera no pasarlos, y para un mancebo de la tierra baja, que allá en los cuartos interiores de su pecho guarda alguna aficion á su costilla, no es plato de miel verla andar en bocas, aunque sean de sus mismos deudos y allegados.

Por eso un Trinitario, que mide y comprende en su caletre semejantes probabilidades, cuando se vé asaltado de *la mala tentacion*, como dicen los endurecidos sectarios del celibato, acuérdase del refran aquel de que *quien se casa quiere casa*, y échase á ahorrar en un par de años sus doce napoleones; alquila á su tiempo una sala, que ajusta en veinte y cinco reales todos los meses, y

con tres sillas aquí, una mesa mas allá, su espejo de carton, la mitad de una docena de cuadros, su arca de *cajas de azúcar* y una cama detras de la puerta, cate usted á Periquito hecho fraile.

Pero hagámonos cuenta que esto no ha sucedido todavía y no anticipemos los lances, porque mal puede nuestro aficionado á las lides matrimoniales *mercar* sus menesteres, en tanto que le falte la principal necesidad ó el mueble primero con que aderezar su proyectada vivienda.

Para facilitar este inconveniente, que no lo es mucho en este nuestro siglo autojadizo, bástale en la tarde de un domingo dar un paseo por su barrio, que no es otro que el de la Trinidad de la pintoresca Málaga, y en un verbo, como si dijéramos, topa manos á boca con un centenar de doncellas fornidas y rozagantes, que no le harian ascos, si las mirára con buenos ojos.

Pero nuestro mozo no es avaro y sabe muy bien en su gramática parda, que no puede cargar con todas, y encarándose con una, y le sobra, que tiene facha de hacendosa, y mucho aquel y donaire y atractivo, le desembucha sus malos pensamientos, entre risueño y avergonzado, y en un credo queda el negocio recibido á prueba, siquiera sepa el temerario litigante que ha de salir condeñado en costas, y Dios se la depare buena.

No se crea sin embargo, que el gallardo mancebo de que vamos ocupándonos, aborda la cuestion á usanza y manera de trovador cejijunto, con bigote retorcido á lo Felipe IV, sino como hombre criado á la pata la llana, con patilla de chuleta á lo José María.

¿Qué se entiende él de cartas timbradas y

perfumadas ni románticas declaraciones, como aquella de un joven despeluznado que decía a señorita: tengo mucha hambre... de ver a usted?

—¿Qué sabe él de palabras recortadas, ni de ideas compuestas, ni de argumentos en contra?

El no comprende otra cosa que lo que lo enseña su magin; y así es que terciándose la capa bajo el brazo, toma posesion de la acera de enfrente, se echa un poco atras el sombrero, encamina la vista, y a la hembra que está sobre el escalon de la puerta, lo dirige estas palabras.

—Dios te guarde, Frasquita.

—Adios, Juanico.

—Sabes que estoy pensando, Frasquita? Que si tú quisieras, habíamos de hacé los dos en er barrio una que fuea soná.

—No te entiendo, Juanico.

—¿Con que no me entiendes, muge? , continúa nuestro hombre, pues decia que si tú quisieras, le platicaba yo a mi padrino el señor Pedro Fernandez, y verias tú, como antes de dos meses estaba la cosa hecha.

Frasquita que lo ha visto venir desde el principio y sabe muy bien que hoy día no están los laoces tales para desperdiciados, aparta a un lado melindres y remilgos, porque si persiste en ellos, vuela el pájaro, y le contesta, mordiéndose las puntas del pañuelo que tiene puesto en la cabeza:

—Oyes, yo de buena gana me casaria contigo, porque a la fin me basta tu caraiter: díceselo a mi padre y como quiera, por mi parte....

Juanico entonces salta el arroyo, y cuando algun curioso creyera que iba a decirle cuatro requiebros muy bien dichos, se queda mirándola, hasta hacerla bajar los ojos, y por último esclama decidido.

—Adios, Frasquita, yo platicaré con tu padre.

—Bueno, cuando quieras.

Y se va nuestro Trinitario formando castillos en el aire.

Al siguiente domingo el resuelto novio se presenta en la casa de su próxima parienta y preguntando por el tío Antonio, traban una conversacion cualquiera, hasta que el pobre mozo se decide, y como orador primerizo, tose dos ó tres veces, escupe otra y dice al fin, casi cortado por lo que le impone la au-

toridad de su futuro suegro.

—Sabosto, tío Antonio, que yo tengo ya vintidos años y que he salio a oficiar de abañi jase cuatro meses?

—Quiées callá, hombre! conque ya sabrás tú levantá un tabique y cuarquier cosa que soltesca?

—Miste, tío Antonio, yo sé ya lo que es mesté pa poome casá con Frasquita, y si osté quiere....

—¿Qué me estás isiendo? pues si yo no sabia una palabra de eso!

—Pues ya lo sabosto; y si osté no tiene inconveniente, platicoste con mi madre, que yo ya se lo he dicho a su mercé y está corriente.

—Ea pues, adios, que yo lo pensaré y jablaremos otro día.

En resúmen de preliminaros, el tío Antonio lo piensa y consulta con la almohada; trae a las mientes que Juanico ha sido siempre un muchacho muy vividor, y sin mas preámbulos se decide a dar su consentimiento para que se casen benditos de Dios.

No bien a los oidos de nuestro albañil llega la grata nueva de la resolucion del tío Antonio, cuando derecho se encamina a ver ar señor Pedro Fernandez, su padrino, a quien en un punto le cuenta sin rodeos el motivo de su viage. El padrino que es un contrabandista de a folio y hombre de chapa y aferrado de garbo y donosura, oyo a Juanico sin inmutarse y acepta la empresa que le propone, pero con la condiccion de que ha de tener espera hasta que oche un negocillo que trae entre manos y que ya no está en casa porque los guardas no se han puesto en lo regular; y hé aquí un negocio de familia, permitido y sancionado por la ley, pendiente de otro negocio, prohibido y anatematizado por la ley, que es como si dijéramos la virtud bajo la influencia del vicio, un hombre de bien bajo el poder de un ladronzuelo de camino, ó un pleitista inocente bajo la proteccion de un escribano autojadizo: cosas de este mundo y como de estas cosas pasan todos los dias.

Pero el tiempo que no se hace aguardar demasiado, dá ocasion para que se eche el alijo y que nuestro buen Pedro Fernandez salga airoso de su compromiso.

Ya la noticia ha circulado por el barrio

y es de ver la afición que se despierta en el vecindario de Frasquita por ayudarla á preparar el vestido de boda: el negocio de su padrino la ha valido un vestido de coco, con tela bastante para seis boleros, un manton de seda pajizo y un pañuelo tambien de seda para la cabeza.

Compuesta la sala en la forma que la dejamos descrita al principio, dan comienzo los pasos de la boda, y cada uno de ellos es un acto que se refiere y comenta por todos los Trinitarios.

Tomause los dichos, salen á relucir sus nombres en el coro de la parroquia, confiesan y comulgan y señalase el dia para el casamiento.

Frasquita está compuesta tres horas antes de la hora marcada, con sus zapatos de tabinete, en que ha invertido diez á doce varas de cinta de ribete; el vestido, regalo de su padrino, que suele tener mas flores que mayo, su manton pajizo, sus sarcillos de topacios de tres cuerpos, sus dos magnificos caracoles, su gran castaña, y un lazo color de fuego que la llega hasta la cintura.

Juanico se presenta á su vez con zapato blanco de becerro, pantalon de paño de 43 reales, faja amarilla, chaleco de raso negro, chaqueta con alamares, y su capa nueva que dá mas relumbrones que roborero de nevoria y su calañés que aun conserva la calor de la plancha. No olvidemos que el cuello de la camisa, almidonado hasta haberlo convertido en hoja de lata, sirve de puntal á las orejas del pobre mozo, que por temor de rajárselas, no mueve la cabeza á ningun lado.

Del padrino no habremos de hacer mencion especial, porque quitarle á él su bota blanca bordada, calzon de punto, faja, zamarrá, y su capa burda, aun en las mayores solemnidades, seria un imposible.

Atestada la sala de gente, hasta aquello de no poderse rebullir, porque el barrio se despuebla á verle los *trapos* á la novia y la cara al novio, esclama el padre por último: *vamos, á espachá, que el casnero se vá á jase un chicharron.*

Entónces Juanico y Frasquita se arrodillan delante de él y de la madre del primero, y enmedio del mayor silencio reciben la bendicion, adicionada con estas palabras sacramentales: *Que Dios os jaga bien casaos, hijos*

mios.

Levántanse los tales, enjugándose las lágrimas y como por contagio se comunica el llanto á todos los ojos, y héte aquí que por un quitamo allá esas pajas, ármase un duelo de dos mil demonios, ni mas ni ménos que si la muchacha estuviera en las agonías.

En estas y en las otras se pasa un rato, hasta que por último se resuelven á dar con sus cuerpos en San Pablo.

Frasquita va delante con la mamá de su propiedad y la mamá postiza y una cincuenta de hermanas, hermanas políticas, primas, parientas y demas amigas, que la van cercando y acariciando, como para infundirla animacion en ese tan sério trance de la vida.

Juanico marcha detrás, enmedio del tio Antonio y *der señó* Pedro Fernandez y acompañamiento de amigos y allegados, y al decir de algun malicioso descreido, llévanle enmedio, á modo y manera de reo que camina al último suplicio.

Llegan, pues, á la iglesia, métese todos en el bautisterio, como pása en caja; vístese el ungido los ornamentos sacerdotales que requiere el acto; empuña el libro; plántase enfrente de las victimas propiciatorias, y en un abrir y cerrar de ojos quedan despachados con una bendicion que vale por todas.

Vuélvese entónces la novia y abraza á su madre, la madre á la hija, el novio á su madre, el padre á la novia, el novio al padre, el suegro á la nuera, la novia al primo, la hermana al novio, y todo esto en presencia del cura que se oñiende con el padrino, pidiéndole los derechos de consumo.

En este estado tornan al domicilio paterno, llamando la atencion de las buenas gentes del barrio, que se asoman á las puertas y cuchichean y murmuran, como es uso y costumbre en ellas, de todo lo que no atañe y pertenece á su círculo de amigos y familia.

En la casa de la novia está la sala preparada para la fiesta; así es que no bien han llegado, cuando un mozo forrado y claveado en gracia y donaire, toma la guitarra, templá las cuerdas y empieza á puntear de tal manera, que saca á todos de quicio y pone á las muchachas en visperas de canto y baile.

Con efecto, salen á luz palillos y zam-

bombas y panderos, porque los tales casamientos suelen reservarse para pascuas de Navidad, y se arma una de cantares y bromas que se hunde la casa.

El novio sentado en una silla que divide con su novia, la mira de vez en cuando al soslayo, aun con esposicion de quedarse sin orejas, y aunque el padre y las madres no se hallan presentes á la fiesta, nadie lo nota ni reprueba, porque ya saben todos que en su ausencia hay gato encerrado, y que donde están, están perfectamente.

No tarda mucho en despejarse la incógnita: el padrino se presenta en la puerta de la sala, y con esa voz de mando que acostumbra la gente de su estofa, esclama:—*Juanico, traete pacú la gente, que se enfria.*

Levántanse todos, y precedidos por er señó Fernandez, se trasiegan y traspasan á la sala de una vecina que la cede generosamente para el caso, aunque siempre se le pega algo, en donde la concurrencia encuentra al niño perdido, ó sea á los padres de las partes contrayentes, acabando de arreglar la mesa para la cena.

En una soberbia cazuela, del tamaño y proporciones de una artesa, hállase un carnero asado, sin cuernos por supuesto, y esparcidos sobre la mesa unos treinta panes, rodeados de platos con diferentes ensaladas y peros y nueces y castañas y sus buñuelos y pestiños correspondientes.

El padrino, que es hombre de mundo y sabe dónde le aprieta el zapato, saca y abre una navaja de tres muelles, y como esperto comisionado de apremio, métele mano al contribuyente, digo al carnero, y en un periquete hácelo añicos, que no le quedan enteros mas que los huesos pelados.

Siéntase en seguida á la cabecera de la mesa, que es el sitio que de ene le corresponde: los novios estan juntitos á su lado, y los demas concurrentes, como Dios les dá a entender, al rededor de la mesa.

El tío Antonio bendice al carnero y dá principio la cena, poniéndose todos á su capricho, y habiendo aquello de unos mucho y otros poco: pero esto no es un obstáculo para que se entable un bromazo estupendo, y se llenen los vasos y hasta verte Cristo mio, con brindis mas ó menos picantes, segun la gravedad del caso y la morigeracion

mas ó menos pronunciada de los padres y viejos asistentes, si bien en lances de tal naturaleza, es lo regular que todos y cada uno olviden la circunspeccion y la edad y los achaques.

Ya está algo entrada la noche, y no es cosa de invertirla toda en dimes y diretes; por eso el padrino, que aunque parece que mira al plato, mira á las tajadas y está en todo, como quien dice, levanta el sitio, y á pesar de que hay quien murmure porque quiera mas chispa y mas guitarra, esclama con la misma voz imperativa:—*Nda, no señó, de ninguna manera. Vámonos, Juanico, y al avio.*

Al cuarto de hora llegan á su sala los jóvenes desposados, en compañía de los padres y demas familia que han asistido á la boda.

Nuevas lágrimas y nuevos suspiros en esta la postrer entrevista. Nuevos abrazos tambien, y despues que el tío Antonio les echa un sermon sobre su conducta futura, que ellos acojen con religioso silencio, le besan la mano, despiden a los convidados uno á uno, cierran la puerta y buenas noches.

Al otro día de mañanita es de oirse la plática que de ventana á ventana traen dos vecinas marisabidillas del barrio.

- Oyes, estuviste anoche en la boa?
- Yo? pues qué se me habia perdido allí?
- Dicen que estaba Juanico mas tieso que un quinto en el ejercicio.
- De siguro; si es mas esaborio pa too!
- Anda, que no le arriendo la ganancia á la tonta é Frasquita.

Cualquiera diria, al oír semejantes alabanzas, que las dos vecinas se mordian los labios de envidia, ó que habian recibido en mejores tiempos algun desengaño de Juanico.

Lo que duran las pascuas dura la boda; y entre fandangos y comilonas en la *Caleta* y en *los Angeles*, llegan los dias de trabajo y se acaban las bromas y entran las veras, que hartas son las que impone á un hombre libre el lazo matrimonial.

Pero nuestro Trinitario no se apura por nada: si trabaja, come, y si no, ayuna: vive contento en brazos de su parienta, hasta que un dia por cuatro llenas y cuatro vacias se le ajuma er pescao, y echando er boeyon d roar, pilla una vara de acebuche y la sacude

el polvo, hasta dejarla mas limpia que una patera.

Y aqui es bueno traer à la memoria que esta debe de ser *la soná* que requebrando Juanico à Frasquita le dijo queria hacer con ella, porque harto sonada es cuando los gritos llegan al cielo.

Pero no se figure el lector impaciente y compasivo que esto aconteco à los ocho meses de boda; nada de eso. ¿Se casaron en Pascua de Navidad? pues en la inmediata Semana Santa ya ha llorado Frasquita, y no por la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

ABEN-ZAIDE.

Teatro Principal.

Como habiamos pronosticado en nuestro número anterior, *Los Mártires* siguen llamando la atencion de los diletanti y atrayendo cada dia mayor concurrencia. El domingo y el lunes último fué repetida esta hermosa ópera, y ambos dias hubo en el Principal un verdadero lleno. Verdad es que la ejecucion vá siendo mejor cada dia, especialmente por parte de la señora Fodor y del señor Alzamora. Ambos han recibido en muchas piezas señales inequívocas del placer con que los oye siempre el público. Cantaron tan bien el lindísimo duo final del cuarto acto, que no solamente se oyeron estrepitosos bravos y palmadas, sino que pidió el público la repeticion del precioso alegro, à la cual inmediatamente accedieron los cantantes. El señor Prático no tiene en esta ópera muchas ocasiones de lucir sus grandes facultades; es ópera en que todo el principal trabajo pesa sobre el tenor y la tiple; no obstante, las pocas veces que cantó alcanzó algunos aplausos. Donde los ha logrado muy unánimes ha sido úl-

timamente en el *Macbet*, obteniendo en la magnífica aria de baritono del tercer acto la honra de ser llamado dos veces à la escena.

El juéves se volvió à poner en escena el *Elixir*, y como era el dia en que se habian publicado los partes telegráficos acerca del infame atentado cometido contra la persona de nuestra amada Reina, la autoridad superior dispuso oportunamente colocar en el palco que fué de presidencia el retrato de S. M. é iluminar la casa. No bien se recorrió la cortina que lo cubria, cuando comenzó la orquesta à tocar la marcha real: concluida la cual el escelentísimo señor gobernador de la provincia dió tres vivas à nuestra idolatrada Reina, vivas que fueron repetidos con el mayor entusiasmo por todo el auditorio, así como los dados al Rey y à la princesa.

No parece sino que parte del entusiasmo público se habia comunicado à los cantantes, pues notamos que la señora Fodor cantó aun mejor que en otras veces esta ópera, y hasta el mismo señor Denti nos parecia menos mal; sin embargo de que por mas esfuerzos que haga nunca llegará à agradar, porque mas que su arte, depende el defecto de la naturaleza.

Círculo filarmónico.

Si el primer concierto dado por esta Sociedad estuvo brillante, así por el número como por la clase de concurrencia, mas, si cabe, lo estuvo el segundo celebrado el miércoles último, al que asistieron muchas familias distinguidas que no habian concurrido à la anterior reunion.

Quando se entra en el salon principal, al ver aquella selecta sociedad, no puede menos de presentarse á la memoria lo que era há poco tiempo aquel local en los dias de Carnaval, y recordar los lances de que habló el año pasado *La Tertulia*, ocurrido entre algunos jóvenes de buen humor y unas famosas vestales.

¡Qué transformacion ha sufrido el local de la Camorra! ¡Qué contraste entre la reunion de entónces y la de ahora! No parece sino que la direccion del Círculo se propuso purificar aquel recinto invitando á lo mas escogido del pueblo, y borrar así la mala fama de este local. Y en efecto lo ha conseguido, así como animar á las jóvenes por medio del baile y de los atractivos de la música á continuar concurriendo, con lo cual léjos de decaer irán cada dia á mas estos bien ideados conciertos.

Tocóse en el último preciosos walses del señor Lamadrid y del señor Alzugaray, que agradaron tanto por su originalidad cuanto por lo perfectamente ejecutados por la magnífica orquesta. Agradaron sobremanera los estudios de imitacion del señor Lamadrid, cuya facilidad en la composicion casi iguala á su admirable habilidad y ejecucion en los diversos instrumentos que toca. Ocuparon además una parte de la noche hermosas piezas de autores notables.

Para hacer aun mas agradable el delicioso rato que se pasa en aquella reunion, habia la direccion invitado á los señores Garcia la Lama y Pratico á cantar algunas piezas, y á ello se habian prestado estos dos jóvenes con la mayor amabilidad. Estaba preparado y anunciado un duo de la *Lucia* por estos dos amantes de la música. Todos deseaban oír al señor la Lama, de cuya hermosa voz tenian muchos noticia; pero desgraciadamente una grave indisposicion

del señor Pratico nos privó á los concurrentes del placer que nos habiamos prometido gozar aquella noche. Pero lo llevamos con paciencia, con la esperanza de que en el inmediato concierto tendremos el gusto de oír á un aficionado, hijo del pueblo, que há poco se ha dedicado con gran fruto al divino arte.

Así que hubo concluido la orquesta de tocar, se levantaron los concurrentes; condujeron los caballeros á las señoras á la galeria inmediata al salon, y transformose éste en un momento en uno de baile. Rigodones, polkas, walses &c. entretuvieron á las jóvenes hasta la una de la noche, hora en que terminó la funcion, en la que hubiera reinado la mayor alegría, á no haberla turbado la noticia que á las once comenzó á circular del infame y horrible atentado cometido contra nuestra querida y augusta reina, por el mas vil y execrable de los mortales. Mitigóse el dolor general al saber que la herida no era de gravedad, y que seguia mas aliviada al dia siguiente de cometido el horrendo crimen. La direccion mandó tocar la marcha real, y toda la juventud escogida gaditana que se hallaba en aquel lugar de recreo victoreó con entusiasmo á nuestra amada reina, por haberla Dios salvado su preciosa existencia, por la que todos los gaditanos dariamos hasta nuestra última gota de sangre.

Desde que el distinguido actor señor Valero se halla al frente de la compañía del Balon, está desconocido este coliseo, no solo por el número, sino por una parte de la concurrencia. Pero nunca lo hemos visto mas animado, ni al público movido de mayor entusiasmo que la tarde del juéves último, en que dióse una escogida funcion en celebridad de haber la

Providencia salvado los preciosos días de nuestra augusta é idolatrada Reina, amenazada por el mas villano é inicuo de los asesinos. En aquel recinto se encontraban reunidas personas de todas las clases de la sociedad, y todas sin escepcion ninguna victorearon con el mayor entusiasmo á nuestra escelsa Isabel Segunda, así que fué descorida la cortina que cubria la hermosa imágen de su augusta persona. Pero el entusiasmo llegó á su colmo cuando el señor Valero, con inesplicable acento, y con inspiracion sublime, leyó el siguiente soneto, escrito en ménos de un cuarto de hora por el conocido poeta gaditano señor don Francisco Flores Arenas.

Anatema al impto, cuya mano
Osó atentar á tu preciosa vida,
Maldicion al infame regicida
Que tu sangre real vertiera insano.
No le sustente el suelo castellano,
Luz falte á su pupila maldecida,
Ni árbol sombra le preste ni guarida,
Y muerte anhelo, y aun la llamo en vano.
Estos los votos son del pueblo entero,
Que arrojando por tí contraria saña
Te conquistó con sangre el pueblo Ibero;
Y hoy que la tuya el régio manto baña,
Al grito de dolor responde fiero
Viva eterna ISABEL, reina de España.

Seguidamente se representó el *Ricardo d'Arlington*, cuyo papel principal, confiado al señor Valero, fué ejecutado maravillosamente, alcanzando en muchas escenas numerosos aplausos, recompensa justa que el público tributa constantemente al indisputable talento de uno de los mas notables actores del teatro español.

Modas.

Del periódico titulado *La Muger* copiamos la siguiente carta sobre revista de modas.

París 12 de enero de 1852.

Tiempo hace, mis queridas amigas, que no he podido ocuparme de vuestro apreciable periódico, ni remitiros la revista de modas ofrecida, pero han sido tan pocas las modificaciones introducidas desde mi última carta, que apesar de mi silencio no puede argüirse á ese periódico de falta. Hoy sin embargo daré una cumplida satisfaccion á esta promesa con una minuciosa relacion de las modas en boga.

Los vestidos, que se llevan de gró, raso y terciopelo, negros, azules y en fin del color que mas agrada, únicamente en los adornos han sufrido alguna reforma: los de gró siguen adornándose con volantes bordados; en los de raso y merino suelen sustituirse los volantes con tres ó mas franjas de terciopelo, separadas entre sí de manera que cojan toda la falda: el cuerpo y las mangas con con los mismos adornos.

Los sombreros siguen siendo tan ligeros como en el verano, á pesar del frio de la estacion. He visto algunos, preciosos, de raso color de rosa con tres órdenes de cintas del mismo color plegadas y ribeteadas con una imperceptible cintita de terciopelo negro; pero los que me han parecido de mayor gusto y elegancia eran de raso blanco guarnecidos de blonda.

Para los adornos de cabeza se disputan la preferencia las plumas, las cintas y el azabache y las blondas; no obstante, este año parece que las flores no quieren marchitarse, y se ostentan aun frescas y lozanas en las cabezas de las jóvenes de mejor gusto.

Pero en lo que el lujo ostenta su riqueza, y las artes todos sus primores, es en las mangas interiores y en los camisolines. He visto algunos, queridas amigas, de un bordado tan estremadamente complicado, tan fino y tan acabado, que verdaderamente asombraba: es escusado decir que su precio rayaba tambien en lo fabuloso. Las damas de distincion fijan en esto todo su esmero, y nada les parece ni bastante primoroso, ni demasiado caro.

Las manteletas de terciopelo guarnecidas de pieles y las capitas redondas son abrigos muy elegantes, y que durarán seguramente todo el invierno; las primeras se llevan tambien con flecos y con guarniciones de blondas y encagos.

Réstame decirs que en el peinado no ha habido variacion notable, pues no puede considerarse tal el que las cosas, siempre rizadas, se procuran separar cada vez mas de la cara, y se lleven algo mas huecas y abultadas. Las señoras vuelven á llevar ridiculos de terciopelo bordados de cuentas de acero y azabache.

Creo que quedareis satisfechas con esta, si no muy larga, á lo menos detallada revista de modas, y sin mas por hoy, se repite siempre vuestra.—*Luisa.*

Miscelánea.

PODER DE LA APRENSION.—Hace algun tiempo que un rico americano, vecino de Madrid, vivia desasosegado y lleno de miedo, creyendo, victima de una monomania, que varios enemigos suyos trataban de envenenarle. El pobre hombre iba todos los dias á comer á diferente fonda, mudaba de criados de cuatro en cuatro dias, no tomaba ni aun un vaso de agua siquiera en su casa, ni en la de sus conocidos, siempre recelando que entonces se le administrase la ponzoña. En los mismos establecimientos donde comia, solia de cuando en cuando armar algunas peloterías, tratando de envenenador, de infames y de asesinos á sus dueños, los cuales mas de una vez tuvieron que impetrar el auxilio de la autoridad para terminar semejantes cuestiones. En vano varias personas quisieron distraerle; en vano algunos médicos hicieron lo posible para desimpresionarle; el americano continuaba en su mania, recelando de todos y encerrándose en una desconfiada reserva. Los progresos que en él hacia su enfermedad mental, los tomaba el desgraciado por sintomas de envenenamiento.

Se cuenta que un médico, el cual goza

en Madrid de justa celebridad, se empeñó en curarle de su horrible manía de un modo que aunque nada nuevo es bastante extraño. Un dia en que el enfermo, ostentado y ruidido, le hacia preguntas sobre su situacion, el facultativo á quien aludimos aparentó creer, para llevar adelante su plan, que su cliente habia sido emponzoñado.—Como usted hoy en su casa, continuó el médico dándole una pildora de goma y magnesia, y cuando crea usted que le han administrado la dosis del tósigo, tome usted este remedio, y acuéstese inmediatamente, seguro de que á las dos horas se encontrará usted ó muerto ó libre para siempre del veneno. Mientras dure la crisis, yo estaré á su lado.

Efectivamente, á la hora señalada, el americano siguió fielmente las órdenes del facultativo. Las angustias que pasó mientras llegaba la hora preñada para su curacion ó su muerte, la ansiedad con que seguia la marcha de un reloj que habia mandado colocar en frente de su lecho son incalculables, asi como tampoco podia describirse la alegría que se apoderó de él, cuando pasada la hora terrible se encontró sano y salvo. Desde entonces no ha vuelto á padecer ningun acceso de monomania.

RESPECTO A LAS NIÑAS.—Nos apresuramos á poner en conocimiento del verdadero bello sexo que un joven atolondrado de la capital ha jurado y perjurado, que inmediatamente que vea que cualquier niña se levanta el vestido por delante, con el único y esclusivo objeto de enseñar la botita bien calzada, vá á llegarse descaradamente á ella diciéndola.—Señorita, ese lindo pié no deboria servir de martirio al que quiere estar con las niñas siempre ciego. ¡Qué preciosidad! y si le contesta imprudente, ó cualquiera otra cosa, replicar bruscamente:—Mas imprudente es usted cuando nos enseña lo que no debiera enseñar tan á lo vivo. Y que tiene razon el joven atolondrado.

CADIZ: 1852.

Imprenta á cargo de D. M. Sanchez del Arco, calle del Calvario, n.º 126.